

Ensayo publicado en la revista Los universitarios, núm. 186, junio de 1981.

MITTERRAND Y EL FASCISMO CONTEMPORANEO

A la luz del triunfo electoral de François Mitterrand, y teniendo en puertas un posible nacimiento de la tan esperada socialdemocracia francesa, conviene destacar algunos aspectos significativos del reciente acontecimiento político en Francia, los que ayudarán a comprender mejor nuestro propio juego político —tan deliberadamente enmascarado— en vísperas de la sucesión presidencial.

No caben dudas de que el resultado electoral en Francia fue, en mucho, la primera *respuesta europea de los pueblos* al belicismo de Ronald Reagan: a nada le tienen más terror los trabajadores europeos que a sus viejos conocidos, el fascismo y la guerra; así como la fidelidad perruna de la primera ministra inglesa Margaret Thatcher, la más crítica del canciller alemán Helmut Schmidt, y la más o menos reticente del ahora expresidente Valéry Giscard d'Estaing constituían la *respuesta europea de los gobiernos* a las políticas norteamericanas.

Sin embargo, la respuesta del pueblo francés adquiere una significación todavía mayor; trasciende no sólo la coyuntura política electoral francesa sino aún el contexto europeo, para inscribirse como una gran batalla ganada por las fuerzas del trabajo en su más que nunca agudizada y generalizada lucha contra las fuerzas del capital, en el más amplio contexto mundial. Ocurre, además, en el transcurso de profundos cambios en el seno del propio capitalismo, cambios que están labrando facetas nuevas en el viejo imperialismo. Hoy día han dejado de considerarse materia de ciencia ficción no sólo la tecnología avanzada de la computación y del predominio de la electrónica, así como la proximidad de la utilización de fuentes alternas energéticas; también se acepta, con naturalidad cotidiana, la creciente homogeneización de mercados y de aparatos productivos hacia la consolidación de una economía única de dimensiones planetarias, con el consiguiente fortalecimiento de gigantescas empresas trasnacionales, en detrimento de las funciones tradicionales de los Estados nacionales debilitados. Mientras las unas están rompiendo fronteras aduanales, jurídicas y culturales que las obstaculizan, los otros se van viendo impotentes para frenarlas, cuando no se han constituido ya en sus mejores auxiliares.

Es en este marco descrito en donde desata sus furias la gran crisis económica que azota el mundo capitalista y

golpea también el socialista. No ver en la crisis misma la objetivación del formidable cambio que está sufriendo el capitalismo ante nuestros propios ojos es error perdonable por común y extendido. Quizá faltaría por comprobar si realmente fue —como se dice y como parece ser cierto— la “tasa decreciente de ganancias” el desencadenante de una crisis económica larvada en el interior del capitalismo; crisis que estalló cuando también habían madurado condiciones políticas y filosófico-políticas, morales y tecnológicas que le imprimen características de crisis mayor o máxima. Probablemente de crisis definitiva. Sin embargo, aunque sea totalizadora y esté estremeciendo al capitalismo desde sus cimientos, se la debe considerar como crisis de crecimiento, es decir, de ampliación y de profundización. El capitalismo no se aboca, como algunos creen, a su agonía y a su muerte.

La transformación actual del capitalismo constituirá también su máximo acercamiento cuantitativo al socialismo, asumiendo que éste significa, en síntesis, la solución definitiva de las contradicciones internas, elevadas a su máxima tensión, del capitalismo. Los fascismos constituyen “soluciones” parciales y temporales que a la larga sólo agravan sus conflictos. (Asunto distinto es y será la tarea reservada desde siempre a los revolucionarios consecuentes: provocar el cambio cualitativo hacia el socialismo pleno.)

Cambios tan profundos están polarizando corrientes de avanzada o de punta, por una parte, y más retrasadas, por la otra, dentro del capitalismo. Las primeras son, lógicamente, más poderosas y están representadas mayoritariamente por el capital financiero local que, hasta por simple inercia, tiende a su internacionalización, tiene acceso o utiliza más avanzada tecnología, por su impulso internacionalizante se asocia con naturalidad, o intenta hacerlo, con empresas trasnacionales, y propicia el cumplimiento de políticas favorables a los gobiernos rectores de la economía mundial, o dictadas por ellos. Se comprende por qué, junto con los grandes conglomerados trasnacionales, los capitales financieros locales son portadores de “progreso” capitalista que necesita romper moldes estrechos de un nacionalismo para ellos paralizante. Su acrecentado poderío económico presente lo deben a la acelerada concentración típica de estos últimos años, durante los cuales capitales mayores se dedicaron a succionar desafortunadamente los capitales medianos, éstos a los pequeños, y los capitales pequeños dejaron exhaustos los salarios. Como los salarios no tenían para chupar más que otros salarios, fue creciendo el número de marginados, es decir, de los que se quedaron sin nada, fuera de los mercados de consumo y del trabajo; dicho en otras palabras, creció el ejército de reserva del trabajo, reserva útil y necesaria para el buen funcionamiento y

la reproducción del capital. ¿Acaso es necesario añadir que el instrumento idóneo para acelerar la concentración salvaje de capitales que está teniendo lugar en nuestros días se llama inflación? Realmente no sé por qué los economistas están esperando encontrar documentos probatorios firmados (o huellas dactilares irrefutables) para aceptar como ciertas las sospechas de que la inflación ha sido en parte deliberadamente provocada y utilizada por los únicos que se benefician con ella: los grandes capitales financieros especuladores internacionalizados. (De aquí que en la condición de víctimas asumida por los capitales menores durante las grandes crisis se encuentre base para alianzas políticas coyunturales entre fracciones de la burguesía lesionada y las fuerzas del trabajo y de la cultura.) La inflación constituye el vehículo de esa acelerada concentración —es decir, de la crisis misma— que llena las arcas de los capitales más poderosos y vacía las de los más débiles. Por eso son éstos últimos los únicos que se preocupan sería y sinceramente por frenarla.

Para no seguir hablando en términos abstractos, precisaremos que las corrientes de avanzada, “progresistas” (desde el punto de vista de la dinámica interna del capitalismo), o de punta (también “modernizadoras”) se reconocen más fácilmente por sus expresiones políticas en unos países que en otros. En Francia, por ejemplo, tenían su campeón en el aristocrático y trilateralista Giscard d’Estaing, enfrentado como estuvo siempre —a causa de la política económica de corte neoliberal de su ministro Raymond Barre— a toda esa Francia media de los capitales industriales y comerciales medianos y en pequeño, en constante peligro de ser absorbidos —como lo iban siendo paulatinamente— por las grandes empresas transnacionales propiamente francesas o extranjeras, según fueran titulares o sólo socios de los grandes capitales bancarios o financieros locales.

Por demás está añadir que esa Francia burguesa media se siente identificada con el nacionalismo de Jacques Chirac, quien supo recoger las banderas de la gloria y de la *grandeur* nacionales levantadas por el general Charles de Gaulle. Despojado de toda la grandilocuente retórica que lo acompaña, el nacionalismo —en Francia y en cualquier parte— en su aspecto económico simplemente significa protección arancelaria, fortalecimiento del mercado interno, estímulos fiscales, subsidios de diversa índole, etc.; es decir, armas para que se defiendan los capitales menores locales y luchen por sobrevivir frente a la voracidad de los capitales mayores transnacionalizados. Esto explica la división del bloque de la derecha durante las recientes elecciones presidenciales francesas, y justifica la frialdad política electoral de Jacques Chirac y de su partido frente al candidato natural de la derecha: Giscard d’Estaing. En las muy próximas elecciones legislativas —cuyos resul-

tados dictarán el destino futuro inmediato de Francia, e influirán poderosamente en el de Europa y del mundo— la situación seguirá siendo la misma: esa Francia media, formada por amplias capas sociales aglutinadas alrededor de sus núcleos de pequeña burguesía y de burguesía media, tendrá que elegir entre el miedo, inculcado por una antigua e incesante propaganda, a los comunistas que podrían influir en el presidente Mitterrand, y el miedo a la profundización de la ruina y de la recesión económicas, así como del creciente desempleo, resultados de la política económica Giscard-Barre que sufren desde hace años. Como si fuera poco, sus males actuales se ven agravados por la posibilidad de una nueva guerra mundial —a la cual tienen verdadero terror— implícita en la vergonzante sumisión giscardiana a los proyectos belicistas mundiales de Norteamérica y a los suyos propios en África.

Si la lógica política funciona, puede asegurarse que esa Francia media, la cual decide siempre todos los procesos electorales, votará copiosamente por los candidatos de Mitterrand, no obstante los actuales esfuerzos de Chirac por establecer el frente unitario de la derecha. Lo hará incluso para fortalecer la posición del presidente, buscando así que el apoyo de los comunistas no fuere tan necesario y decisivo para su régimen.

Lo que está ocurriendo políticamente en Francia es, con las variantes propias de cada caso particular, lo mismo que ocurre en todas partes.

Con el ejemplo de Francia se entiende mejor cómo se sitúan las fuerzas en contienda, a nivel mundial, en la esfera capitalista. Por un lado, y en perfecta consonancia con la evolución histórica del capitalismo, se alinea un ambicioso proyecto transnacionalizador y trilateralista tratando de poner el capital financiero a la cabeza (por algo el promotor y alma de la Comisión Trilateral es David Rockefeller, máxima figura de las finanzas internacionales) de los formidables cambios en curso dentro del capitalismo, para impedir el “caos” económico y el “desorden” político del mundo, mediante la promoción de un nuevo ordenamiento de la actividad financiera, de la producción y del comercio internacionales y, sobre todo, mediante la imposición de una nueva división del trabajo internacional. Los años recientes fueron testigos del éxito del proyecto trilateral: fortalecimiento de empresas transnacionales que, a pesar de tener sus respectivas matrices en los tres frentes máximos del capitalismo: Estados Unidos, Japón y la Comunidad Europea, se encuentran en proceso de “desmetropolización” creciente; negociaciones amplias y fructíferas para aminorar competencias entre sí; imposición de políticas económicas neoliberales favorecedoras del nuevo modelo de acumulación requerido para “financiar” la gran transformación del mundo capitalista. Los años recientes han sido

testigos también de cómo, para imponer las duras medidas y restricciones de una política económica neoliberal, ha sido preciso debilitar o destruir movimientos obreros y organizaciones políticas de izquierda, ya que ellos son, de hecho, los únicos obstáculos reales que lo impiden. La fiera que los han reprimido en algunos casos ha sido proporcional a la resistencia que presentaron. No debe haber ya ninguna vacilación para definir el neoliberalismo como la base económica del fascismo contemporáneo, y señalar la filosofía que lo anima como responsable último de los horrores que lo caracterizan. El fascismo, como medida auxiliar y temporal para desnacionalizar y transnacionalizar las economías regionales es, seguramente, uno de los riesgos calculados en el proyecto trilateral.

Sin embargo, las dimensiones que alcanzaría la reacción popular mundial no parecen haber sido previstas por los impulsores del proyecto trilateral. Se están levantando obstáculos que frenan el hasta aquí arrollador empuje de las corrientes de punta dentro del capitalismo. En el mismo Estados Unidos la reacción "nacionalista" de las corrientes más atrasadas del capitalismo norteamericano derrotaron (momentáneamente, quizá) a los ejecutores del proyecto trilateral que tenían a James Carter como cabeza política, dando paso al "nacionalista" Ronald Reagan. Pero entendámonos: el "nacionalismo" de Reagan no responde a intereses verdaderamente populares; tampoco lo limitan las fronteras de su país: se trata de un nacionalismo basado en la intención de vigorizar empresas transnacionales de matriz exclusivamente norteamericana, en contraposición al fortalecimiento indiscriminado implícito en los planes trilaterales que favorecían por

igual a transnacionales norteamericanas, europeas o japoneses. (De aquí parecieran derivar ciertos conflictos incipientes entre el proyecto económico político de Reagan y el mundo financiero de *Wall Street*; así como también el desapego creciente que muestra el actual presidente norteamericano por aquellas instituciones como el Fondo Monetario Internacional que han sido, de hecho, instrumentos del proyecto trilateral.)

Además de la nítida, inequívoca y espectacular reacción del pueblo francés a los reacomodamientos históricos del capitalismo mundial, comandados por los rectores de las finanzas internacionales, se perfilan derrotas cercanas para éstos, quizás en Alemania Federal, y seguramente en Inglaterra.

Entre nosotros la situación no es distinta. Poco a poco se ha ido aclarando en la conciencia política de los mexicanos la existencia de esa misma polarización presente en todo el mundo capitalista. El reciente libro de Rolando Cordera y de Carlos Tello: *México, la disputa por la nación* (Siglo XXI) define en forma brillante —y oportunamente— las dos políticas en conflicto —el proyecto neoliberal y el proyecto nacionalista— cada una de las cuales nos llevaría a uno de los frentes en pugna dentro del capitalismo actual.

Sólo restaría añadir, para cerrar este largo artículo, que el "destapado" en nuestro peculiarísimo, elemental y primitivo proceso para elegir presidente de la república, tendrá que salir, forzosamente, de las filas de una de ambas tendencias, lo que marcará, consecuentemente, el rumbo futuro de nuestra nación.

*Artículo publicado en el
suplemento Sabado del periódico
Uno más Uno, el 20
de junio de 1981.*

¿QUE BUSCAN LOS ESTADOS UNIDOS?

No le demos más vueltas al asunto: los norteamericanos quieren vender armas y están haciendo lo indecible para lograrlo. Todo su inmenso (y frágil) poderío está hoy dedicado, íntegramente, a la tarea de recuperar la hegemonía en la conducción de los asuntos económico-políticos del mundo. Tal propósito constituye la médula del "nacionalismo" de Reagan, surgido como reacción al "trilateralismo" de Carter, quien, más acorde con la evolución histórica del capitalismo, aceptaba compartir —*trilateralmente*—, la conducción

de la economía mundial con los otros dos colosos: Japón y la Comunidad Europea. Congruentemente con esta posición, Estados Unidos abrió las puertas de su propia economía, del mismo modo como se le franqueaban las fronteras de las economías ajenas.

La relativa armonía fue rota desde adentro de Estados Unidos. Acostumbrados, como habían estado siempre, a penetrar ellos en los demás, los norteamericanos se espantaron cuando fueron, a su vez, penetrados por cuantiosas inversiones extranjeras que iban desnacionalizando crecientemente su economía propia, dentro de la ola de transnacionalización del capitalismo mundial que caracteriza nuestra época. Su historia llegó al clímax al ganar los japoneses el mercado automovilístico interno en Estados Unidos. Consciente o inconscientemente, los norteamericanos sintieron la proximidad del ocaso de su imperio: un imperio cuya base económica la había constituido la industria del